

Prólogo

Londres, Navidad de 1890.

—¿Le reconoces?

—No estoy seguro.

—Tiene todo el aspecto de un asesino, ¿no te parece?

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Es su sonrisa, Robert. Nunca confíes en un hombre que enseña los dientes inferiores cuando sonrío.

—Pero el pobre diablo está muerto, Oscar.

—Eso en nada altera la regla.

—Y no es más que una figura de cera.

—Que ha sido esculpida a partir de la vida, Robert, o al menos directamente a partir de un cadáver. Es un motivo de orgullo para la familia Tussaud, que tuvo acceso al cuerpo apenas unas horas después de la ejecución.

Era media mañana de la víspera de Navidad, un viernes, 24 de diciembre de 1890, y me hallaba visitando en compañía de mi amigo Oscar Wilde la célebre Cámara de los Horrores de lo que en aquel entonces era la atracción más popular no sólo de Londres, sino de Inglaterra e incluso del Imperio entero: el Baker Street Bazaar de Madame Tussaud.

Oscar bullía de entusiasmo. Durante nuestro recorrido por las diferentes salas, mientras contemplábamos a la parpadeante luz de las bujías las efigies de cera de los asesinos más notables de los últimos tiempos, el rostro alunado de mi amigo resplandecía encantado. Le brillaban los ojos. Su enorme cuerpo —medía más de un metro ochenta y, cumplidos ya los treinta y

seis años, tendía a la corpulencia— se inflamaba de puro deleite. No había nada que hiciera tanto las delicias de Oscar Wilde como lo absolutamente improbable.

—Es época de estar alegres y henos aquí empecinados en el horror, Robert —dijo, riéndose entre dientes. Miró a la multitud congregada a nuestro alrededor y me sonrió—. Es el aniversario del nacimiento de Nuestro Señor y al parecer todo Londres ha salido en procesión a visitar el santuario del crimen infantil.

Así era. En sus sesenta años de historia, el Baker Street Bazaar jamás había estado tan concurrido. Treinta mil personas habían hecho cola para ver la última sensación de Madame Tussaud: una reproducción exacta del salón en el que, tan sólo diez semanas antes, Eleanor Pearcey había matado a golpes a la esposa y al bebé de su amante. La señora Pearcey había amontonado los cadáveres de sus desventuradas víctimas en el carrito del bebé y los había arrojado a un basural cercano a su casa de Kentish Town. John Tussaud se había gastado doscientas libras —el precio de una pequeña casa— en adquirir el carrito y otros recuerdos del asesinato, incluidos el cárdigan ensangrentado de la asesina y el dulce hervido que el bebé chupaba mientras la mujer terminaba con su vida. La inversión de John Tussaud había obtenido una sustancial recompensa. En esos días, la entrada al Baker Street Bazaar costaba un chelín por cabeza.

No obstante, ni Oscar ni yo habíamos pagado el precio de admisión, como tampoco habíamos hecho cola para entrar. Habíamos accedido al Bazaar por la entrada de personal de Marylebone Road en calidad de invitados especiales de la dirección del establecimiento. Íbamos a encontrarnos allí con nuestro amigo Arthur Conan Doyle, amigo de John Tussaud, nieto y heredero de Madame Tussaud. Arthur había concebido la visita como un regalo de Navidad para Oscar, quien a su vez había llegado con un regalo para Doyle. Aunque los dos

hombres se conocían desde hacía tan sólo dieciséis meses, eran grandes amigos. La intimidad entre ambos —lo a gusto que se sentían el uno con el otro— me sorprendía porque las suyas eran personalidades profundamente distintas. Oscar era irlandés, un esteta y también un romántico. Oscar era extravagante: se refocilaba en lo escandaloso. Arthur, por su parte, era escocés, médico de provincias y un pragmático confeso. Arthur era flemático: respetaba los convencionalismos. Sin embargo, los dos eran escritores de gran ambición, dotados de avezados intelectos y vivaz sensatez, y ambos sentían absoluta fascinación por los caprichos del corazón humano y los mecanismos del funcionamiento de la mente criminal.

Oscar era cinco años mayor que Arthur y, en 1890, era sin duda el más conocido de los dos. Les había presentado un editor norteamericano, J. M. Stoddart, quien, en el curso de la misma tarde, en agosto de 1889, había encargado a cada uno de ellos una «aventura de misterio». Stoddart convenció a Doyle de que escribiera para él su segunda historia de Sherlock Holmes y Oscar evocó su novela sobre la belleza y la decadencia, esto es, *El retrato de Dorian Gray*. La aventura de Holmes que Doyle escribió, titulada *El signo de los cuatro*, obtuvo una gran acogida y ayudó a consolidar la creciente reputación del joven autor como un habilidoso urdidor de satisfactorias tramas. A su modo, *Dorian Gray* ayudó también a consolidar la reputación de Oscar. El libro fue denunciado por inmoral. El *Athenaeum* lo tildó de «pusilánime, vicioso y repugnante», el *Daily Chronicle* lo calificó de «relato engendrado a partir de la leprosa literatura de los decadentes franceses [...], un autocomplaciente estudio de la corrupción física y mental». Los libreros W. H. Smith prohibieron su venta.

Oscar envidiaba de Arthur su creación de Sherlock Holmes. Arthur, a su vez, admiraba sin reservas *Dorian Gray*. La consideraba una obra sutil, honesta y de gran calidad artística. Respetaba a Oscar como escritor y como caballero. Y, por

divertido que pueda resultar, admitía que era poseedor de las cualidades esenciales de las que debe hacer gala cualquier detective privado que se precie: «una mente dotada de una gran retentiva, una mirada observadora y la capacidad de mezclarse con hombres de toda suerte y condición». Arthur había dicho a Oscar que si escribía en algún momento una nueva historia de Sherlock Holmes se inventaría a un hermano mayor del gran detective y basaría el personaje en él.

—Hágalo, Arthur. Se lo ruego —había sido la respuesta de Oscar—. Sus historias soportarán la prueba del paso del tiempo y yo anhelo la inmortalidad.

Aunque la mañana de la víspera de Navidad el museo de Madame Tussaud estaba lleno hasta la bandera, ni la muchedumbre allí agolpada ni la penumbra que iluminaba la Cámara de los Horrores impidió que los señores Doyle y Tussaud nos encontraran con relativa facilidad mientras deambulábamos entre la reproducción del salón de la señora Pearcey y la espantosa reproducción en cera de la sonriente asesina con sus dientes a la vista. Oscar no sólo era el hombre más alto de la sala, sino también el más conspicuo. Iba vestido acorde con la estación del año: una elaborada pajarita de color rojo acebo, la peripuesta casaca de color verde hiedra y, en el ojal, un sustancial ramillete de muérdago.

—¡Feliz Navidad, Oscar! —gritó Conan Doyle, abriéndose paso hacia nosotros entre la multitud—. Felicidades, Robert.

Doyle tendió la mano derecha a Oscar, que la ignoró por completo y, dándome el paquete marrón que contenía el regalo de Navidad que tenía a su amigo como destinatario, envolvió al buen doctor en un abrazo osuno. Si bien es cierto que sabía que esa suerte de abrazos avergonzaban a Conan Doyle, era el modo en que siempre le saludaba: el apretón de manos de Arthur era prácticamente insoportable. Aunque no de gran altura, Doyle era corpulento y fornido, un hombre fuerte que gozaba de un buen estado de forma y cuyo atezador apretón

de mano resultaba tan imponente como su feroz bigote. Sus oscuras patillas, tan semejantes a las de una morsa, eran dignas de un general de los cosacos.

—Siento llegar tarde —se excusó el joven médico, deshaciéndose, no sin esfuerzo, del cálido abrazo de Oscar—. El tren de Southsea ha llegado con retraso. Un cuerpo en la vía. Una auténtica desgracia.

—Hay gente que es capaz de hacer cualquier cosa por evitar una Navidad en familia —murmuró Oscar.

Arthur sorbió por la nariz y frunció el ceño en una mueca de patente desaprobación.

—Permita que les presente a nuestro anfitrión, el señor John Tussaud —dijo, dando un paso atrás para presentarnos a su acompañante. El señor Tussaud se puso brevemente de puntillas al tiempo que asentía con la cabeza hacia cada uno de nosotros. Con su prominente bigote y los anteojos de montura metálica, parecía más un profesor de suaves modales que un proveedor de horror a las masas.

—Gracias por su hospitalidad, señor —saludó Oscar, acompañando sus palabras con una ligera inclinación de cabeza—. Y felicitaciones por el espectáculo. —Recorrió con los ojos la muchedumbre que nos rodeaba y que, en filas de dos y de tres (hombres y mujeres, gentes de bien y simples obreros, niños y bebés en brazos de sus progenitores) desfilaron con paso firme por delante de las distintas escenas expuestas, en su mayoría en silencio—. Es todo un triunfo.

John Tussaud se ruborizó, encantado, y empujó sus anteojos nariz arriba.

Oscar prosiguió:

—Lo que más me ha llamado la atención ha sido el dulce chupeteado extraído de la boca del difunto bebé.

—Sí —respondió encantado Tussaud—, el dulce parece haber llamado la atención general. No sé si sabe que es de frambuesa.

—Santo Dios, hombre —exclamó Conan Doyle—. ¿Acaso lo ha probado?

—Brevemente —contestó Tussaud con una risilla nerviosa—. He creído que debía hacerlo. A los visitantes les gusta conocer cuantos más detalles mejor.

—Lo entiendo perfectamente —terció Oscar con tono apaciguador—. Sus visitantes tienen que saber que lo que contemplan sus ojos es un artículo genuino. Cuantos más detalles corroborativos pueda darles, mucho mejor.

Tussaud alzó hacia Oscar una mirada colmada de agradecimiento.

—Lo entiende usted, señor Wilde.

Oscar sonrió a John Tussaud al tiempo que le tocaba en el hombro.

—Le decía a mi amigo Sherard que sus modelos de cera son una auténtica imitación de la vida... o de la muerte, para ser más exactos.

—Sin duda —respondió Tussaud muy serio—. Insistimos en ello... siempre que nos es posible. Naturalmente, en el caso de los asesinos estamos por completo en manos de las autoridades. Los directores de algunas prisiones nos permiten el acceso antes de que tenga lugar la ejecución, y así podemos crear un modelo del asesino mientras éste está aún con vida. Otros no nos dejan entrar... o solamente nos permiten acceder al cuerpo del asesino tras la ejecución, lo cual, si he de serle sincero, no resulta demasiado satisfactorio.

—¿Acaso la horca distorsiona los rasgos del modelo? —sugirió Oscar.

—Me temo que eso es algo que puede ocurrir —señaló Tussaud, bajando la voz al tiempo que un grupo de jóvenes damas pasaban junto a nosotros—. Desde el punto de vista de un modelador de figuras de cera —prosiguió, *sotto voce*—, el método de ejecución ideal debe ser la guillotina. Mi bisabuela fue muy afortunada en ese aspecto. El Tribunal Revolucionaria-

rio de París sentenció a muerte a dieciséis mil quinientas noventa y cuatro personas. La guillotina se inventó para facilitar las ejecuciones masivas.

—No hay duda de que es usted un gran observador del detalle —comentó Oscar con una sonrisa.

—Tengo la lista completa —murmuró Tussaud—. Todos los nombres.

—Seguro que su bisabuela no daba abasto —intervino Conan Doyle, taciturno.

—Y levantaba pasiones —añadió el bisnieto de la señora—. Las familias querían máscaras mortuorias de sus seres queridos. Los que iban a morir deseaban ser inmortalizados en cera. La demanda era increíble..., una cabeza tras otra. Supongo que saben que tenemos aquí la guillotina original.

—Sí —dijo Oscar—. El señor Sherard y yo hemos estado admirándola... junto con la última cabeza que se cobró.

—No sabe cuánto me alegro —ronroneó el anfitrión—. A su modo, es un objeto hermoso; aunque tiene casi un siglo de antigüedad, sigue en perfecto funcionamiento. El acabado es extraordinario. Estuvo en pleno uso hasta hace tan sólo tres años. La adquirí de las autoridades francesas por una buena suma. Sabía en lo más profundo de mi ser que mi bisabuela habría querido que la tuviéramos aquí. Era una mujer extraordinaria. ¿Ha visto ya la máscara mortuoria de María Antonietta? Es una de sus mejores obras. —Los anteojos de Tussaud brillaron a la luz de las bujías cuando alzó las manos y nos invitó a seguirle.

Nos alejamos de la multitud tras él y, después de pasar por una puerta inadvertida, cruzamos un pasillo sumido en la oscuridad hasta franquear una segunda puerta. Entramos entonces a una sala de exposición de menores dimensiones y completamente iluminada por la luz de las velas. No había en ella multitud alguna, sino apenas una media docena de visi-

tantes que, de pie tras un grueso cordón, contemplaban un surtido de cabezas humanas depositadas en sus respectivos cojines de color escarlata.

—Ésta es mi sala favorita —declaró nuestro anfitrión, bajando la voz una vez más y señalando orgulloso con un gesto las piezas exhibidas—. Miren. A la izquierda tenemos a los revolucionarios. Robespierre es el tercero. Y a la derecha, ligeramente en alto, como podrán observar, tenemos a Luis dieciséis y a su reina.

—Sus rostros parecen más grandes que los de los revolucionarios —observó Conan Doyle, contemplando las caras de la real pareja.

—Son más grandes, Arthur —dijo Oscar en voz baja—. Estaban mejor alimentados.

—Y, detrás de ustedes —anunció Tussaud con un entusiasta y actuado susurro—, tenemos al ciudadano Marat, asesinado en la bañera por Charlotte Corday.

—Santo Dios —murmuró Oscar, volviéndose de espaldas—. Es realmente fidedigno.

—Marie Tussaud fue de las primeras en llegar al lugar de los hechos.

—Al pie del cañón —susurró Oscar, claramente impresionado.

—Hizo de ello su profesión —señaló Tussaud sin ocultar su entusiasmo—. De hecho, era su profesión. Mi bisabuela narró la historia de su tiempo. Era una artista..., una retratista que trabajaba la cera en vez de utilizar el óleo. El famoso cuadro que *monsieur* David pintó de esa escena está basado en la obra de cera de mi bisabuela. También el de Marat. Y el de Rousseau. Y el de Benjamin Franklin. Marie creó modelos de todos ellos. Conoció a todos los grandes hombres de su tiempo. Y también a las mujeres.

—Cómo la envidio —dijo Oscar entre dientes, volviéndose de espaldas a la bañera y supervisando una vez más la fila de

cabezas guillotinas—. Me habría gustado conocer a la reina María Antonieta.

—Ha conocido a la reina Victoria, ¿verdad? —preguntó Arthur con sorna.

—No es exactamente lo mismo —replicó Oscar.

—Marie Tussaud conoció a todo el mundo —repitió orgulloso su bisnieto.

—Oscar también ha conocido a todo el mundo —dije, claramente a la defensiva.

Él sonrió.

—Desgraciadamente, a Robespierre no.

—Pero sí conociste al hombre que intentó asesinar a la reina Victoria, ¿verdad? —insistí.

—Así es, Robert. Una vez. Aunque muy brevemente. —Se volvió hacia John Tussaud y añadió a modo de explicación—: el hombre en cuestión era un desquiciado versificador llamado Roderick Maclean. Un pobre poeta y peor tirador.

El señor Tussaud se rió y miró su reloj.

—Es la hora del almuerzo, caballeros. Me gustaría oírlo todo sobre el fracasado asesino de la reina Victoria mientras disfrutamos de nuestra ensalada de langosta y nuestro faisán asado.

—¿Ensalada de langosta? —repitió Oscar, feliz—. ¿Faisán asado? —Miró a Conan Doyle con ojos brillantes—. Es usted el mejor de los amigos, Arthur, y tiene usted los mejores amigos que tenerse pueda.

—Voy a llevarles a nuestro nuevo restaurante —explicó John Tussaud—. Comeremos con luz eléctrica y deleitándonos con la música a cargo de la Orquesta de Damas de la señorita Graves. Han prometido ofrecernos una selección de melodías de las óperas del Savoy.

—Gilbert y Sullivan —fue el genial comentario de Oscar—. Les he conocido a ambos.

—Oscar conoce a todo el mundo —repetí—. Poetas, príncipes, artistas, asesinos...

John Tussaud nos conducía en ese momento hacia la escalera sita al final de la sala de exposición. Pasamos de pronto por delante de un perfil que nos resultó familiar.

—Sí —dijo Tussaud, asintiendo con la cabeza hacia el busto—: Voltaire. Marie Tussaud conoció a Voltaire.

Oscar se detuvo sobre sus pasos.

—¡Cómo la envidio! —Suspiró—. En una ocasión conocí a Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*. Desde luego, ella sí era una mujercita. —Clavó a continuación la mirada en la cabeza de Voltaire de Madame Tussaud—. Y conocí también a P. T. Barnum —añadió—. Y de su mano, naturalmente, conocí a *Jumbo*, el elefante. Ya sé que no es comparable a Voltaire, pero algo es algo.

Conan Doyle estalló en carcajadas.

—¡Es usted imposible, Oscar! —exclamó—. ¿A *Jumbo*, el elefante? No le creo.

—Es cierto —protestó él.

—No puede ser.

—Dale el manuscrito, Robert.

Hice entrega a Conan Doyle del paquete que llevaba en la mano.

—Es mi regalo de Navidad para Arthur —explicó Oscar a John Tussaud—. Una lectura de vacaciones, algo a lo que podrá darle vueltas frente a su chimenea de Southsea.

El manuscrito estaba envuelto en papel marrón y atado con un cordel. Conan Doyle lo hizo girar despacio en sus manos.

—Están todos aquí, Arthur —dijo Oscar, burlón—. Louise May Alcott, *Jumbo*, el elefante, el hombre que intentó matar a la reina Victoria...

Conan Doyle alzó los ojos hacia Oscar y frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Como le he dicho, se trata de su regalo de Navidad, Arthur. El año pasado me dio usted *El signo de los cuatro*. Este año, soy yo quien le da esto. Es un manuscrito... y también un

desafío: una historia sobre mis días de juventud, el diario de un año y medio de mi vida..., aunque ya haya pasado el tiempo desde entonces. Antes de que me casara. Antes de convertirme en un hombre de familia. Antes de que mis responsabilidades me hicieran engordar. La historia tiene su comienzo en 1882, cuando, pocos años antes de cumplir los treinta, yo era un hombre libre y sin compromiso. Fue una época en la que viajé por el mundo entero y tuve el placer de conocer a algunos hombres y mujeres notables. Y, aunque por supuesto no fueron Robespierre, María Antonieta ni Voltaire, fueron igualmente remarcables. Longfellow, Walt Whitman, Sarah Bernhardt, Edmond La Grange..., nombres que deben ser tenidos en consideración y también gente de la que jamás habrá oído hablar.

Conan Doyle equilibró el paquete sobre las palmas de sus manos en un aparente intento de calcular su peso. Acto seguido, se lo acercó a la cara como si olisqueándolo pudiera calcular mejor su valor.

—¿Es autobiográfico? —preguntó.

Oscar sonrió.

—Es mi historia, Arthur, pero la manufactura es cosa de Robert. Robert es el ángel que lleva el registro de mi vida..., mi doctor Watson. Aunque, como no tardará usted en descubrir, él fue testigo directo de la mayor parte de las cosas que tuvieron lugar en Francia, yo vi cómo todo iba tomando forma desde sus principios en el Nuevo Mundo. Ésta es una historia que se inicia en un continente y que viaja a otro. Quiero que preste especial atención al principio del relato, Arthur. El principio no se limita a presentar la escena, sino que siembra el terreno para lo que ha de llegar. —Despacio, Oscar pasó el dedo índice por el cordel que sujetaba el papel marrón que envolvía el paquete—. Ésta es una historia verídica, Arthur. Supongo que podría llamársele una novela de misterio. No puede publicarse, al menos mientras yo viva. La mayor parte

de la obra es de naturaleza difamatoria. Tiene también algo de salaz. Y, de todos modos, la historia está hasta la fecha incompleta. El manuscrito está inconcluso. Le falta el capítulo final. Quiero que lo lea, Arthur. Quiero que lea todas y cada una de sus palabras, incluso aunque algunas lleguen a sonrojarle. Si así lo desea, puede mostrárselo a su amigo Sherlock Holmes. Sé bien que él está hecho de una madera mucho más resistente que usted. Luego, cuando lo haya leído y haya ponderado su contenido largo y tendido, quiero que me diga lo que, a su juicio, debería revelar el último capítulo.

Oscar se volvió hacia nuestro anfitrión y abrió exageradamente los ojos.

—Ahora, señor Tussaud, tenga usted la amabilidad de llevarnos hasta nuestra ensalada de langosta. La visión de todos estos cadáveres de cera me ha abierto un apetito tremendo.

Lo que sigue es el manuscrito que ese día entregué a Arthur Conan Doyle.

1

Norteamérica

El 24 de diciembre de 1881, Oscar Wilde zarpó con destino a los Estados Unidos de Norteamérica. Fue en busca de aventura y oro. En cuestión de semanas, había encontrado una buena porción de ambas cosas.

Oscar acababa de cumplir veintisiete años y, en Inglaterra, se atribuía su fama a que era un hombre famoso por ser famoso. Era sin duda una celebridad en la tradición de lord Byron y de Beau Brummel, aunque más de Brummel que de Byron, con más estilo que sustancia.

«Es indudable que soy “alguien” —declaraba él en la época—. Pero ¿qué he hecho para merecerlo? Simplemente que han “reparado” en mí. Supongo que eso ya es algo. Y, además, he publicado un libro de poemas. Eso no es mucho, la verdad.»

Durante sus años de juventud, primero en el Trinity College de Dublín y después en el Magdalen College de Oxford, Oscar había obtenido todos y cada uno de los honores académicos que había tenido a su alcance. Como colofón a su periplo universitario, consiguió menciones de honor en dos asignaturas distintas en Oxford y recibió el codiciado Newdigate Prize, el principal premio universitario de poesía. Pero ¿cuál era su auténtica ambición en la vida?

«Sólo Dios lo sabe —decía cuando se le preguntaba—. De todos modos, jamás llegaré a ser catedrático de Oxford. Seré poeta, escritor o dramaturgo. De algún modo u otro, alcanzaré la fama, y si no lo logro, seré al menos notorio. O quizá lleve una vida abocada al placer durante un tiempo y después —¿quién sabe?— descansaré y no haré nada. ¿Cuál es, según Platón, el fin más alto al que puede aspirar el hombre aquí abajo? “Sentarse y contemplar el bien.” Quizá sea ése también mi final.»

Cuando Oscar dejó Oxford, apoyado en su decisión por un modesto legado de su padre, desembarcó en Londres, capital del Imperio británico, y dejó su impronta en la metrópoli a partir de sus estrambóticas opiniones y de su escandalosa apariencia.

«Tan sólo los superficiales no juzgan», declaraba. Siempre había mostrado predilección por los disfraces. Durante su último semestre en Oxford había aparecido en un baile disfrazado como el príncipe Rupert del Rin. En el curso de su primera temporada en Londres, a menudo se dejaba ver con una chaqueta de esmoquin de terciopelo de color verde botella con terminaciones de lazo y con una camisa de color crema con cuello festoneado y una corbata de color naranja a todas luces excesiva, calzones de tafetán hasta las rodillas, medias de seda negras y zapatos de hebilla de plata. Se convirtió en un campeón de la belleza y en un autoproclamado profesor de estética. «La belleza es el símbolo de los símbolos —declaró en una ocasión—. La belleza lo revela todo porque no expresa nada. Cuando se nos muestra, nos muestra el mundo de vivos colores en su totalidad.»

El joven Oscar Wilde estaba firmemente decidido a no pasar desapercibido.

Y lo consiguió. Poco después de su llegada a Londres, las publicaciones satíricas del momento empezaron a publicar parodias y sátiras a sus expensas. Le satirizaron en episodios de

music-hall, en sainetes y, más adelante —y alcanzando con ello una repercusión sin duda mayor—, en abril de 1881, en la exitosa producción de Richard D'Oyly Carte de *Paciencia*, la opereta cómica firmada por W. S. Gilbert y Arthur Sullivan. Oscar asistió al estreno y se mostró agradablemente divertido. Valoró la obra por lo que era: no un ataque personal contra él, sino una sátira complacientemente armoniosa sobre la absurda naturaleza del movimiento estético.

El éxito de *Paciencia* cambió la vida de Oscar. El 30 de septiembre de 1881 recibió un telegrama del coronel F. W. Morse, el gerente de Richard D'Oyly Carte en Nueva York, en el que le invitaba a participar en una gira de conferencias que debía coincidir con la producción norteamericana de la opereta. Oscar no lo dudó. El 1 de octubre de 1881 envió un telegrama con su aceptación al coronel Morse. El joven poeta necesitaba dinero y estaba entusiasmado con la perspectiva de cruzar el océano y descubrir un nuevo continente.

«Ya hablo inglés, alemán, francés e italiano —explicó a su madre—. Ahora tendré la oportunidad de aprender el norteamericano. Será sin duda un reto, lo sé, pero debo intentar hacerle frente.»

Escribió a James Russell Lowell, el embajador de los Estados Unidos en Londres, y, aprovechó la mínima relación que les unía —eran apenas unos simples conocidos— para pedirle algunas cartas de presentación. El venerable Lowell, que en ese entonces había cumplido ya los sesenta años, respondió que «los hombres inteligentes y cabales precisaban de presentación tanto como un día soleado». Aun así, Oscar le caía bien, le encontraba divertido y, siendo también él poeta, admiraba los versos del joven, de modo que le ayudó encantado.

Además de las cartas de presentación, Oscar se equipó con un nuevo guardarropa que incluía una cálida gorra polaca y un abrigo verde con cierres acordonados y maravillosamente forrado de piel. Lowell le había advertido de lo duros que

eran los inviernos en Nueva York. Y, como el coronel Morse le había adelantado que sus conferencias tendrían lugar ante «públicos muy numerosos en inmensos auditorios», durante las semanas previas a la partida, Oscar contrató los servicios de un caro experto en oratoria para que le diera lecciones de locución.

«Quiero un estilo natural —dijo a su instructor—, con un toque de afectación.» Oscar Wilde se preparó cuidadosamente para su aventura por tierras norteamericanas. Esperaba que el periplo por el nuevo continente supusiera su «despegue» definitivo.

Oscar zarpó de Liverpool la tarde del día de Nochebuena de 1881 a bordo del *SS Arizona*. No las tenía todas consigo. En aquel entonces el *Arizona* era el vapor más veloz de cuantos hacían la ruta del Atlántico y poseedor además de la famosa Banda Azul, y lo cierto es que el joven esteta no era muy amigo de la velocidad. El *Arizona* había además sobrevivido recientemente —aunque por muy poco— a una colisión contra un iceberg en pleno océano.

La travesía transcurrió al fin sin novedad y libre de peligros. Fue la llegada lo que se convirtió en algo más parecido a una aventura. El *Arizona* atracó en el puerto de Nueva York la tarde del día 2 de enero de 1882. Debido a que era ya demasiado tarde para los trámites de aduanas, Oscar y sus compañeros de travesía se vieron obligados a pernoctar una noche más en el barco. Sin embargo, los caballeros de la prensa neoyorquina esperaban impacientes poder disfrutar de una primera impresión del tan pregonado señor Wilde y no estaban dispuestos a aguardar hasta la mañana siguiente. Fletaron una lancha, salieron a alta mar y, según palabras del propio Oscar: «Con las plumas todavía en salmuera, me pidieron que me pavoneara delante de ellos como unpreciado gallo en una feria agrícola».

Los periodistas quedaron ligeramente desconcertados ante lo que encontraron a bordo. Oscar no era el delicado y exótico ejemplar que habían estado esperando. Según palabras del periodista del *New York Tribune*:

Lo que resulta más llamativo del aspecto del poeta es su altura, que debe de superar en varios centímetros el metro ochenta, y lo siguiente que llama la atención es su pelo: de un color marrón oscuro, prácticamente le cubre los hombros. Cuando se ríe, separa ostensiblemente los labios, mostrando una reluciente fila superior de dientes, que resultan además superlativamente blancos. La piel, en vez de esa sombra rosada tan común entre los hombres ingleses, está tan absolutamente desprovista de color que lo más que puede decirse de ella es que parece masilla. Tiene los ojos azules, o quizá de un gris claro, y en lugar de resultar «soñadores», como muchos de sus admiradores los habían imaginado, son brillantes y raudos..., en absoluto propios de quien es dado a la cavilación perpetua sobre lo inefablemente hermoso y veraz. En vez de unas manos pequeñas y delicadas, diseñadas tan sólo para acariciar el lirio, sus dedos son largos y cuando los dobla forman un puño que podría propinar sin duda un duro golpe, siempre que su dueño se vea en la tesitura de rebajarse a semejante suerte de argumento.

Aunque Oscar no se enfrentó a sus interlocutores a puñetazos, por norma general tampoco logró granjearse su cariño.

«Intenté mostrarme divertido —confesaría más adelante—, y provoqué confusión allí donde pretendía provocar sonrisas. Tomaron por muestras de desprecio mis esfuerzos por regalarles algunas payasadas.» Le preguntaron si había

disfrutado de la travesía por el Atlántico. Él respondió: «El mar se me antoja manso. El rugiente océano no ruge. Y no es tan mayestático como lo había imaginado». Sus comentarios aparecieron citados bajo el titular: «El señor Wilde decepcionado con el Atlántico». Dio una impresión de arrogancia.

Y no hizo sino empeorar esa primera impresión la mañana siguiente a la rueda de prensa celebrada en la cubierta del barco. Al desembarcar del *SS Arizona* y pasar por la aduana, respondió a la más que predecible pregunta del funcionario de aduanas: «¿Algo que declarar, señor Wilde?» con una respuesta de antemano preparada: «No tengo nada que declarar salvo mi genio».

A algunos la respuesta les pareció de lo más divertida. Otros consideraron que el joven Wilde estaba labrándose su propia desgracia. Y, hasta cierto punto, así era. Sus primeras conferencias no fueron exactamente un éxito. Dijo demasiado, lo hizo demasiado deprisa, y hablando en voz demasiado baja. No consiguió captar la atención del numeroso público, que quedó a todas luces decepcionado. Los críticos fueron crueles con él.

En público, Oscar se mostraba audaz. En privado, reconocía que tenía trabajo por delante. Simplificó su charla, mejoró la presentación, moderó el lenguaje y añadió algunas bromas para que todos pudieran comprenderlas. Logró transformar un desastre potencial en un triunfo incuestionable. Por fin, durante el transcurso de 1882, Oscar dio un total de más de doscientas charlas en ciento sesenta ciudades y pueblos de Norteamérica, desde Nueva Orleans a Nueva Escocia, desde el norte de Massachusetts al sur de California.

«Ah, sí —diría años más tarde—, también yo fui adorado en un tiempo. En los Estados Unidos me vi obligado a contratar a dos secretarios para que atendieran a la correspondencia: uno era responsable de las peticiones de fotografías, y el otro, de los mechones de mi pelo. En el plazo de seis meses, el pri-

mero había muerto víctima de los calambres que aquejan al escritor y el otro se quedó totalmente calvo.»

De hecho, Oscar tuvo dos compañeros durante sus viajes, aunque ninguno de ellos fue su secretario. El coronel Morse le proporcionó a un «hombre de negocios», un empleado de la oficina neoyorquina de D'Oyly Carte llamado Aaron Budd, y un asistente personal, un joven negro llamado W. M. Traquair.

«Nunca sentí el menor aprecio hacia el señor Budd —dijo Oscar—. Se ocupaba de nuestros billetes de tren y llevaba la contabilidad de los ingresos. Era eficiente, aunque no interesante. Raras veces hablaba, nunca sonreía y la palidez de su piel era cuanto menos desconcertante. Creo que era además abstemio y vegetariano. En cambio, le tenía mucho aprecio a Washington Traquair. Su padre había sido esclavo. Traquair no era sólo mi sirviente, sino también mi amigo. No era muy hablador y no sabía leer ni escribir, pero tenía una sonrisa maravillosa y se reía de mis chistes. Es imposible no querer a un hombre que se ríe con tus chistes.»

En el curso de su gira, Oscar ganó mucho dinero y, según sus propias palabras: «Un variado surtido de nuevos conocidos». En Nueva York conoció a la célebre novelista Louise May Alcott, que ya había cumplido los cuarenta años y estaba en la cumbre de su fama.

«Era una mujer menuda, pero profundamente apasionada —recordaría—. Me contó el argumento de una historia que en ese momento estaba revisando. Se titulaba *Una larga y fatal persecución del amor*. Mientras me contaba la historia, tomó mi mano en las suyas y se le llenaron los ojos de lágrimas. Le pregunté por qué no se había casado.

»—Oh, señor Wilde —respondió—. Si se lo digo, ¿me guardará el secreto? Es porque me he enamorado de muchas jóvenes, pero jamás ni un ápice de ningún hombre.»

Fue también en Nueva York donde conoció al gran *showman* Phineas Taylor Barnum. Oscar estaba dando una confe-

rencia en el teatro Wallack's de Broadway y Barnum apareció en compañía de un grupo de amigos «para ver cuál era la causa de tanto revuelo». A pesar de que no hay testimonio escrito que dé fe de lo que Barnum opinó sobre la disquisición que Oscar hizo acerca de «El arte y el Renacimiento inglés», al escritor el encuentro de ambos le pareció un éxito.

«Cuando hablé con el señor Barnum de Georgione, de Mazzini y de Fra Angelico, dio por hecho que se trataba de un trío de acróbatas italianos. El señor Barnum carecía por completo de cultura, aunque no así de estilo. Asistió a mi charla y yo fui a verle a su circo. Tras el espectáculo, y respondiendo a mi insistencia, me presentó a su principal atracción: *Jumbo*, un elefante africano.

»—Tengo que conocerle —le dije al señor Barnum—. Su nombre será recordado mucho después de que los nuestros hayan caído en el olvido.

»—Eso espero, señor Wilde —respondió Barnum—. Me costó diez mil dólares.»

Oscar regresó del año que pasó de gira dando conferencias por Norteamérica con un sinnúmero de buenas historias. Probablemente su conjunto de anécdotas preferido hiciera referencia al período que pasó en Leadville, Colorado, en las cumbres de las Rocosas. Allí se dirigió a un público de simples trabajadores, en su mayoría obreros y mineros. Puesto que los mineros trabajaban en las minas de plata, Oscar decidió leerles extractos de la autobiografía de Benvenuto Cellini, el gran escultor de la plata del Renacimiento.

«Mi público me recriminó por no haber llevado a Cellini conmigo. Les expliqué que Cellini llevaba tiempo muerto y la información provocó la consecuente pregunta: “¿Quién le disparó?”»

Cuando, más tarde, preguntaron a Oscar si los mineros le habían parecido «un tanto toscos y despiertos». Su respuesta fue:

«Despiertos, sí. Toscos, en absoluto. No hay lugar para la tosquedad en las Rocosas. El revólver es su libro de etiqueta, y eso enseña lecciones que no se olvidan con facilidad.»

El alcalde de Leadville, un tal H. A. W. Tabor, apodado «El Rey de la Plata», invitó a Oscar a visitar la mina Matchless y abrió en su honor un nuevo filón llamado Oscar. Oscar se mostró encantado con la deferencia y, vestido con las galas propias de un esteta, descendió ceremoniosamente hasta las entrañas de la mina en el interior de un cubo inmenso. En cuanto el nuevo filón quedó inaugurado, empleando para ello una barrena de plata especial, los mineros le invitaron a comer con ellos en las profundidades de la mina.

«El primer plato fue whisky; el segundo, whisky, y el tercero, whisky. Poco es lo que puedo recordar del postre.»

Esa noche, el alcalde Tabor le ofreció una nueva diversión en el casino de Leadville. Según palabras del propio Oscar:

«La bebida, y no el juego, parecía ser la verdadera fuente de ingresos del local. El casino estaba abarrotado de mineros y de sus amigas. Todos los hombres vestían camisas rojas, pantalones de pana y botas altas. Las mujeres, por su parte, lucían vestidos de noche de colores chillones tan escotados que prácticamente dejaban a la vista sus pechos. El suelo estaba cubierto de serrín y en las paredes colgaban inmensos espejos con marcos dorados. En un rincón del salón principal había un pianista sentado en un piano de pared sobre el que se leía una nota que decía así: “No disparen al pianista. Hacer lo que puede”.»

Durante su segunda (y última) noche en Leadville, Oscar regresó al casino. Esta vez fue solo. El alcalde Tabor tenía que atender unos asuntos en Denver. Aaron Budd, el gerente de Oscar, no era un hombre aficionado a la bebida, y Traquair, el criado, tenía prohibida la entrada debido al color de su piel. Oscar empezó la noche junto al piano, rodeado de jóvenes con camisas rojas y de muchachas de rebosantes pechos. Les

hizo reír y ellos provocaron en él la sonrisa. Cuatro horas y media más tarde, sin haber comido nada y habiendo bebido en demasía, se encontró en un rincón distinto y más oscuro del salón, sentado a solas con dos hombres que vestían sendas camisas de cuadros y con una joven que se inclinaba hacia él desde el otro lado de la mesa al tiempo que se secaba los senos juguetonamente con un pequeño pañuelo de encaje. Mientras uno de los hombres no dejaba de servirle bebida y el otro le quitaba la cartera del bolsillo del abrigo, sonaron dos disparos de pistola en la habitación. Uno de los disparos arrancó el vaso de whisky de la mano de Oscar. El otro hizo saltar su cartera por los aires.

Al instante, en cuanto tuvieron lugar los disparos, el trío de compañeros de bebida de Oscar huyó del lugar y él, desconcertado aunque ileso, se arrojó despacio al suelo. El autor de los disparos cruzó la sala, ayudó a Oscar a levantarse, le acompañó fuera del casino y desde allí, por la calle desierta, hasta su hotel. El nombre de ese hombre era Eddie Garstrang.